

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Vol. XLIX

San José, Costa Rica

1955

Mayo - Junio

Nº 4

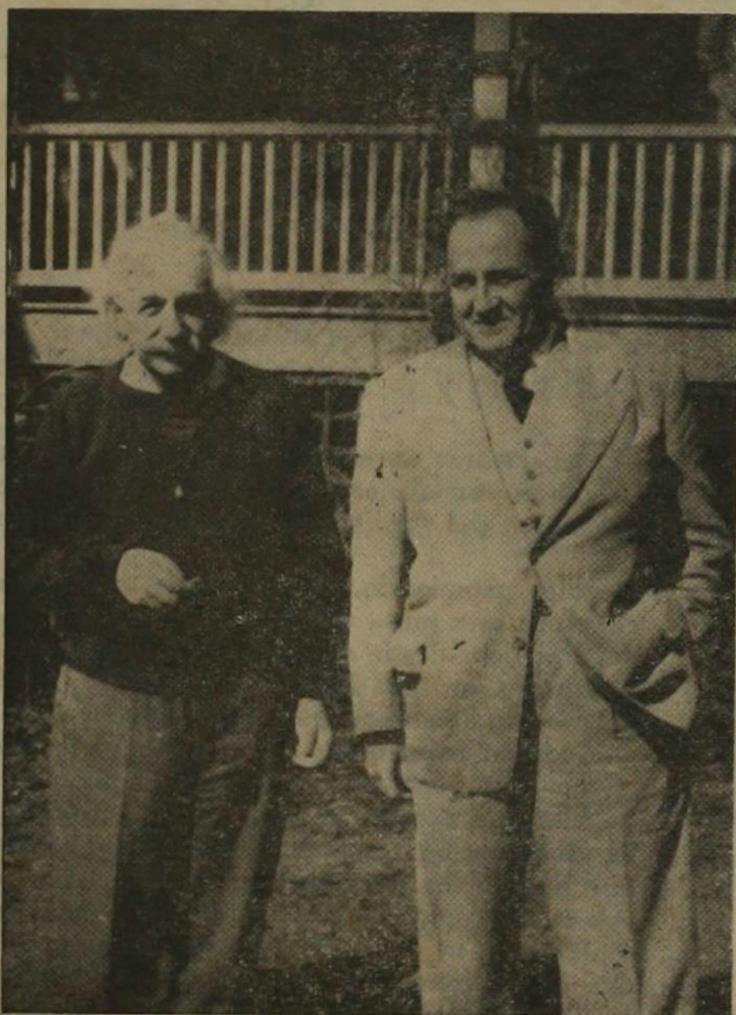
Año 34 — No. 1167

In-Memoriam

ALBERTO EINSTEIN

Por Haya de la Torre

(Envío del autor. Es un recorte de El
Tiempo de Bogotá, 7 mayo, 55)



Haya de la Torre y Einstein

*

Estreché por primera vez la mano de Einstein en Berlín en casa de otro también ya muerto profesor alemán, cuyas vinculaciones con Indoamérica han sido atestadas en cuatro buenos libros: el economista Alfonso Goldschmidt. Y ello aconteció en el duro invierno de 1929. Einstein y Goldschmidt solían visitarse y era yo entonces secretario del "Wirtschaft Institut Latein-Amerika" que Goldschmidt fundó, y trabajaba con éste en su biblioteca en Grudewald. Eventualmente conversé más de una vez con el justamente llamado "Aristóteles" de nuestro tiempo, y le escuchaba tanto en sus conversaciones con Goldschmidt como en las que de semana en semana sostenía públicamente con Plank en la rotonda del Instituto de Ciencias; amables torneos verbales que eran presenciados por gran número de gentes interesadas en los problemas de la Relatividad y el Quanta.

Oí tocar violín a Einstein en una pública velada de caridad realizada en la sinagoga mayor de la vieja "Monbijoustrasse" de Berlín en 1930. Y cuando en 1932, prisionero yo de la dictadura militar de Sánchez Cerro en la penitenciaría de Lima, corrió por el mundo la noticia de mi inminente fusilamiento, Einstein fue de los primeros en enviar un honroso telegrama, redactado con severa sobriedad admonitiva en reclamo de mi vida. El texto de aquel mensaje —no reproducido aquí por muy obvias razones— es ciertamente una de aquellas grandes e inmerecidas compensaciones que la vida depara, cuya fuerza moral sirve de compañía y estímulo en los silencios adversos.

Una vez —creo que este episodio va incluso en las notas compiladas en mi libro "Ex-Combatientes y Desocupados" —relaté a Einstein una agudeza o "chiste científico" del astrónomo bonaerense

Martín Gil, y el sabio rió de buena gana y halló coyuntura para decir cuánto le había llamado la atención en su viaje a nuestro continente la perspicacia y la viveza imaginativa latinoamericana. Martín Gil había dicho que toda la teoría de la Relatividad se basa en el principio absoluto de que la luz avanza en el espacio con la más grande de las velocidades conocidas — 300 mil kilómetros por segundo— y que, en consecuencia un rayo solar tarda en llegar a la tierra 8 minutos. "Yo conozco una energía —decía más o menos textualmente Martín Gil— de velocidad mayor que la de la luz y es la del pensamiento. Mientras ella emplea en venir del sol a la tierra 8 minutos, yo voy con mi pensamiento al sol y vuelo en dos minutos".

Einstein, debo confesarlo, ha sido para mí el hombre más egregio de nuestra época y ningún otro ha concitado tanto de mi humilde admiración. Su bondadosa simpatía, sus palabras de aliento, son privilegio de mi vida. Y, acaso porque su generosidad era amplísima con los jóvenes, un día, en casa de Goldschmidt me hizo una amable broma. Súbitamente me dijo:

—Como usted y yo somos co-autores de un libro juntos...

Y riendo ante mi estupefacción, me recordó que en 1926 se publicó en homenaje a Romain Rolland el lujoso "Liber Amicorum" que prepararon Máximo Gorky y Stephan Zweig, para honrar al autor de "Jean Christophe" en su 60 aniversario. Conocida por ellos mi filial amistad con Romain Rolland, los compiladores me otorgaron un lugar en aquel volumen honrado por las firmas más ilustres del mundo. Y ahí figuraba, claro está, el tributo de Einstein:

—Sí, mi amigo, en el "Liber-Amicorum" de nuestro amado Rolland, dijo muy alegre de verme un tanto confundido.

En 1947 estuve a visitarle en Princeton. Había envejecido mucho en 16 años, pero la rara luz de sus ojos brillaba siempre igual desde el fondo de su portentosa mente. La misma voz suave y pastosa, casi paternal en el diálogo, pero con una novedad. Ahora Einstein hablaba en inglés, no muy claramente —honraba así el idioma de su tierra de asilo— mas en cuanto comenzaba a tocar temas profundos se deslizaba casi sin dejarlo sentir hacia la lengua alemana. Entremezclaba ciertas vocablos germanos con los ingleses —Zeit, Bewegung, Materie, etc.— y luego entraba de lleno en el caudal de su lengua nativa durante largos períodos. Entonces, su pensamiento parecía más denso y luminoso.

En su sencilla casa de Princeton fue para mí un huésped auspicioso. Me invitó a pasear su soleado jardín —comenzaba la primavera— y cuando cerca de